

"El Inveniente Valenciano", 23 febrero 1923



EL HONOR PROFESIONAL

«La guerra estropea los ejércitos», decía hacia 1828 el gran duque Constantino de Rusia, jefe del ejército polaco y hermano mayor del zar Nicolás I, hijos ambos de Pablo I. Constantino rehusó ser zar, se lo dejó a su hermano menor y quedóse en Polonia — estaba casado con una polaca que le aduenaba — organizando su ejército. Con espíritu cuartelero, acaso castrense, militar, pero no belicoso. Se levantaba a las cinco o las seis de la mañana y lo llevaba todo al pelo. Un ordenancista, no un guerrero. Le repugnaba la guerra. Y por eso cuando en 1828 su hermano menor, el zar Nicolás, quiso que los polacos, súbditos de Rusia entonces, le ayudasen contra los turcos para libertar a los gallegos, el gran duque cuartelero, el de las revistas y paradas, decía: «La guerra estropea los ejércitos.» Que es como si un almirante viendo un precioso buque recién salido del astillero se opusiera a que se le hiciese navegar, diciendo: «El alta mar estropea los barcos.» ¡Vaya una ocurrencia!

Y sin embargo... Mucho podría decirse en pro de la tesis de que los ejércitos se han hecho para la paz, para evitar guerras más que para provocarlas. Y mucho sobre las guerras normales, que podríamos llamar fisiológicas, y las guerras anormales o patológicas, o injustas. Y una guerra patológica, anormal, injusta — y lo son todas las que se emprenden contra la voluntad expresa de un pueblo sumiso, ya que el que calla y aguanta no otorga, — una guerra así estropea evidentemente a un ejército.

Una vez contábamos la anécdota aquella del cirujano que al ver que orinaba un paciente a quien se disponía a operar por fierro para que lo hiciese, exclamó: «¡Táparle la uretra!» Figurémonos otro cirujano que habiéndosele muerto un enfermo de gangrena en el brazo e quien le cortó éste desde el hombro anduviera pidiendo un hombre, aunque fuera con el brazo sano, para que vieran que sabía cortárselo. Ello sería cosa de honor profesional; pero el honor profesional, lo que se llama así, no es la honra nacional.

No nos metamos ahora en si eso que llaman el honor de las armas y tam-

bién el prestigio del ejército ha quedado mejor o peor en Marruecos ni por qué; lo humano y racional y justo es que no se invente una guerra innecesaria nada más que para restablecerlo. Que así ni se restablece.

Además, esto es la tapadera y lo saben los militares sensatos y civiles, que son muchos, que son, de seguro, los más de ellos. El desquite que se busca es de otra frasca.

Ni han servido todas las leyendas que se empezó a divulgar sobre maltratos y ultrajes a los prisioneros. Que ya está saliendo que han sido leyendas. Una de las ex cautivas lo dice. Y de otro ya se publicó a su tiempo que Abd-el-Krim le libró de sus ultrajadores y castigó a éstos. Como no se han castigado aquí atrocidades cometidas por autoridades españolas sobre españoles, ni se han castigado las barbaridades cometidas por españoles contra moros.

Se han helado esos ecos del cuerno épico-trágico de los que se empeñaban en arrastrarnos a una calaverada y son, como dice muy bien Gabriel Alomar, los mismos que se oponían a todo desquite cuando los submarinos alemanes torpedeaban en aguas españolas buques inertes españoles. Y por cierto hubo entonces calavera deportivo, de esos que creen que los locos son los que hacen las grandes cosas — sobre todo si tienen tontos que se las hagan, sin responsabilidad para ellos, — que hablando de los ultrajes alemanes a España, dijo que había que aguantarlo todo, «aunque nos dieran por...» no se puede acabar la frase señoritesca. Pero es que entonces estaba en juego el soñado Viceimperio.

No; el honor profesional del cirujano no está en cortar. El mejor cirujano es el que corta menos, el que hace menos sangre. Cirujano no es carnicero.

Nosotros creemos más, y es que el honor de la milicia nacional está hoy en apartarse de una guerra que no es nacional; en impedir que se derrame el sudor y la sangre y el pan del pueblo español por esa monserga del protectorado sobre unos moros súbditos de un sultán ficticio, por esa monserga de viles tratados internacionales. Dejémonos de jugar a la potencia y colonicemos nuestra propia patria. Y en cuanto al florón de la Corona eso es trivialidad trágica. La patria no es patrimonio sino de sus hijos. Ni vamos a provocar epidemias para que nuestros médicos se luzcan o a destrozarse vajilla para que tengan trabajo los alfareros. Los chinos se dice que pagaban a sus médicos mientras no tenían que curarlos.

Miguel de UNAMUNO.

